

La casa como objeto displicente. Una des-aproximación más a lo propio

Natalia Matesanz Ventura, Madrid, mayo 2011

nmv.arq@gmail.com

Nuestra casa no debería constituir un espacio para ser visto por otros y charlado, ni un entorno seductor para los demás, ni el escenario de nuestras voluntades complacientes o estrategias sociales.

En su origen¹, las casas aparecieron para protegerse de la atmósfera, era un *hacer* espacio para *cubrirse*. No se construían de fuera hacia dentro, sino de dentro hacia fuera, porque la casa empieza en el cuerpo que lo habita. Sus objetos, sus muebles, la materia de lo doméstico, componen el entorno que nos obliga cada día a saber lo que somos, a vernos las tripas, a enfrentarnos a nuestra insignificancia sin filtros.

Es la casa quién nos observa y acompaña en la corporeidad íntima de las mañanas, en la proximidad de nuestros instantes domésticos, en la enfermedad, en el llanto, en el placer. El entorno doméstico es cómplice y proyección de lo que no queremos mostrar, de nuestras fealdades. Es difícil *sentirse* internamente si entendemos nuestra casa como objeto ajeno a nuestra voluntad más profunda. Lo que hay en ella somos nosotros. La casa es parte *propia*, constituye un campo de afección en dos direcciones, nos afecta, le afectamos. Estamos en sus paredes, y en sus objetos, en aquellos de los que nos apropiamos, en los objetos que construimos, y sobre todo, en aquellos que transgredimos. Nos desencontramos en el hecho de poseer objetos, los objetos en sí. Profanemos².

La Casa *es y debe ser* la prolongación de nuestros cuerpos, de nuestro *adentro*. Tiremos todos aquellos objetos que no sean la proyección de nuestro alma, y quizás nos acerquemos más a nuestro ser. El artista o el arquitecto buscan lo esencial en su obra, y se deshacen de aquello que sobra y entorpece. Desbrocemos, enfrentemos nuestra naturaleza, indagemos en nuestros fundamentos.

Apropiémonos de nuestras entrañas antes de que ellas se apropien de nosotros. Negarse los adentros, ante lo agradable, es desconocernos. Es derivar en el descontrol total, en la obsesión, en el enajenamiento de cuerpo y actos, en nuestra des-apropiación.

1 Casa, del Latín casa. La palabra latina casa viene del hebreo kisá, de tejer y cubrir. (Covarrubias, Tesoro de la Lengua Castellana o Española, 1995)

2 G. Agamben. Profanations. 2005.

Mi Casa es y debe ser la prolongación de mi cuerpo, de mi adentro. ¿Qué es el cuerpo? ¿Puedo apropiarme de mi cuerpo? ¿Mi cuerpo es mío? ¿Qué soy yo? Quizá el cuerpo es la casa del alma, del pensamiento, del yo. ¿Puedo salir de mi cuerpo como mi cuerpo sale de mi casa? Quizá sí, cuando estoy durmiendo.

Howard
En sueño

¿En qué momento la casa se abrió? ¿Y se abrió toda o sólo una parte? Bachelard distinguía cuatro niveles. Cada uno con una manera de entenderse en el mundo. Unos abiertos, otros donde encerrar nuestros miedos. También necesitamos proyectarnos hacia afuera. Somos seres sociales. Incluso cuando no tuviéramos nada que enseñar estaríamos mostrando algo. La casa es todo eso a la vez. Es interior, es exterior. Se contradice. Como nosotros.

@laperiferia
Pero... ¿qué casa?

La casa es un archivo personal que registra una biografía. Alguien deberá entender, codificar y materializar esas crónicas. Ahora dudo de quien es el iluminado para hacer semejante tarea conceptual, ya que el arquitecto no garantiza términos de éxito y felicidad. En todo caso, quien afronte el problema, deberá ser capaz, primero de leer este cajón de necesidades y segundo, entrelazar sensiblemente este programa con arte y técnica.

Skywalker
Crónicas personales

Y cruzar otra puerta más. Llegar a la última estancia de la casa. La habitación. Donde se habita. Donde, al final, se es. Eres lo que habitas. Habitar el mayor de los campos de afección. Donde se condensa tu sueño. Donde te proyectas en los seis planos. Donde cada objeto es una respuesta. Dime qué habitación tienes y te diré quién eres.

Vigilámbulo
Una puerta más allá